

LA CRONICA

PERIÓDICO POLÍTICO Y DE INTERESES GENERALES DE LA PROVINCIA

AÑO XIII

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Guadalajara: un mes 50 céntimos.
En toda España: trimestre 1'50 pesetas,
y año 5'50.
Extranjero: año, 11 pesetas.
Ultramar: año, 9 pesetas.

Guadalajara 20 de Enero de 1897

Oficinas: JAUDENES, 18, pisos segunda y bajo

Se publica los miércoles y sábados

Pago anticipado

PRECIOS DE ANUNCIOS

Línea corta en cuarta plana, 5 céntimos;
en tercera, 15; en primera, 25.
Esquelas de defunción, pequeñas, en cuar-
ta plana, 2'50; en tercera, 5.
Reclamos y comunicados, 25 céntimos.

NÚM. 921

LA POLITICA EN FILIPINAS

I

Las acertadas medidas del general Polavieja han dado un golpe terrible á la insurrección tagala, y de esperar es que en plazo no lejano quede completamente destruida en los recintos de Cavite con los refuerzos que están llegando. Es decir, que la acción militar directa terminará pronto si las noticias que se reciben de la marcha de la campaña son ciertas.

Ahora bien: ¿podrá darse por terminado el problema político que la insurrección ha planteado? No; y tenemos seguridad de que esta idea y menos su resolución, cien veces más importante que la misma guerra, no ha pasado por la imaginación de nuestros gobernantes. No se preocupan, como han hecho siempre, de la situación de aquellas islas mas que para explotarlas; y esto no nos conducirá más que á atraernos el odio de sus habitantes, sin que logremos desterrar la semilla que renacerá con frecuencia y con más pujanza cada día, hasta producir frutos que han de originarnos pérdidas enormes y disgustos sin cuento.

Bien quisiéramos extendernos en todas las consideraciones á que se presta cuestión de tanta importancia; pero tenemos que contentarnos con dos simples artículos, para estudiar en el primero nuestra situación actual en Filipinas, y en el segundo, los medios más adecuados para evitarla é impedir nuevos desmanes.

La población del archipiélago de Luzón alcanza próximamente 6.000.000 de habitantes, de los que no hay más de 200.000 españoles, en su inmensa mayoría empleados, pues no pasan de 700 los dedicados al comercio y á la industria. Los restantes están constituidos por las tribus del país, ingleses, alemanes y chinos, que explotan el comercio y la industria: hay además algunos de otros países.

Nuestros empleados en una gran parte no tienen más que á enriquecerse á costa de la moralidad administrativa. De tal manera es esto cierto, que nuestro vulgo y el que no lo es, considera rico y á veces inmensamente, á todo compatriota que ha pisado aquel suelo provisto de una credencial.

Se nos tacharía de exagerados tal vez si lanzásemos la afirmación de que aquellas irregularidades trascienden á Madrid, y de algún empleado podríamos decir que ha sido ascendido para que no regrese á España, donde en realidad no le conviene estar; pero nada más cierto, y nadie lo sabrá mejor que algunos políticos que nos lean si á sus manos llegan estas líneas.

La administración española en sus colonias del Pacífico es la misma que planteó al conquistarlas, sin que el tiempo haya hecho nada en favor de aquellos desgraciados habitantes. Muchos caballeros que han ido allí, al parecer con el propósito de hacer odioso nuestro nombre, han amontonado mucho dinero á costa de muy poco trabajo, sin tener para nada en cuenta el bienestar de aquellos súbditos, á los que tan fácilmente hubiéramos conseguido educar á nuestro gusto.

Su civilización la hemos tenido tan descuidada, que la mayor parte del territorio nos es desconocido, y sus habitantes continúan poco menos que salvajes, mientras en las oficinas de Manila se han cometido las irregularidades más estupidas.

Inmensidades de feracísimo terreno sin cultivo hasta en la misma isla de Luzón, porque los naturales que los habitan sufren sus necesidades con la producción espontánea, y los extranjeros viven dedicados al comercio y á la industria que los españoles embobados en sus oficinas, les abandonan por completo.

Los poblados, contruidos como en tiempo de Adán, sin que hayamos procurado ni un momento enseñarles otras construcciones. La Exposición celebra-

da en Madrid fué un verdadero escarnio donde la política que España desenvuelve en sus colonias, fué inmolada: en ella tuvimos curiosidad por ver completamente desnudos, como los habitantes de la Negritia, á hombres que hace siglos están bajo nuestra dominación ¿para qué? Para nada más que explotar su trabajo y su territorio y proporcionar ricas amaños á nuestros empleados, mientras los más de ellos continúan estableciendo sus viviendas en las copas de los árboles.

Y esto pasa: aquellos terrenos cuya fertilidad cauta á grandes voces la rica vegetación espontánea que los cubre, permanecen sin cultivo por falta de brazos, mientras nuestros paisanos que no pueden encontrar pan en su patria van á buscarlo á tierras extrañas, donde con su sudor están haciendo nacer civilizaciones que no nos asombran porque quizá no conocemos bastante, sin que nuestros gobiernos procuren favorecer la emigración á suelos tan queridos y que tanto habian de contribuir á nuestro bienestar.

Estas son las consecuencias de nuestra política colonial para aquellos seres que hemos adoptado como esclavos, debiendo hacerlo como hermanos: este es el cuadro que descarnado y frío nos ofrecen nuestras islas de Oceania; la agricultura casi nula; los habitantes salvajes en su más inmensa mayoría; la poca industria y el mucho comercio en manos de extranjeros que lo explotan sin competencia; nuestros empleados, salvo honrosas y por lo mismo escasas excepciones, enriqueciéndose á costa de la moralidad administrativa, y el nombre de España, si no odiado, por lo menos no querido en aquellas regiones.

Somos nosotros los verdaderos culpables de lo que nos sucede.

FRANCISCO M. HERRERO.

Puntos al vuelo

Alrededor de la crisis es el título del fondo que el lunes publica *El Correo Español*.

Días hace que alrededor de la crisis andan muchos políticos.

Y se hacen un ovillo.

Un ovillo de hilo que no hay quien lo desenrede.

Por eso no viene la crisis.

En Vitoria se ha celebrado hace cinco días un concurso de cerdos.

No han concurrido á la exposición ningún Sherman, ni Cullom, ni otros yankees *ejusdem generis*.

Leemos y cortamos:

«Nuestro globo, el planeta Tierra, es un grano de arena perdido en los espacios del infinito.»

Y tan perdido.

A menos que no ocurra lo propio que en España en las demás naciones.

Perdido del todo, no.

Porque los políticos no van mal en este globo.

Escribe *La Unión Católica*:

«Reina paz octaviana, calma chicha, en cuantos centros hemos visitado esta tarde; pero como quiera que se aproximan sucesos de importancia indiscutible, puede asegurarse que á esa calma chicha sucederán grandes acontecimientos favorables á España.»

Han transcurrido cuatro días y continúa la paz octaviana, la calma chicha.

Porque todavía no se han sucedido esos grandes acontecimientos favorables.

Nunca es tarde, si la dicha es buena. ¡Si el cielo quisiera fuera verdad tanta belleza!

Buena falta hace á esta desventurada España, víctima de vividores políticos.

Al reorganizarse el comité liberal del distrito del Congreso, ha hablado el Conde de Romanones.

Y se ha asombrado de que el Sr. Sil-

vela haya pedido en su discurso de días pasados el poder para sí, afirmando que difícilmente podría formar un ministerio con sus amigos.

Nuestro distinguido diputado tal vez no sepa que el poder lo quiere á medias con Canalejas.

Bien claro se vé hace tiempo.

Revista internacional

De nuestro servicio especial.

Las declaraciones hechas con respecto al Japón por los filibusteros filipinos presos y sentenciados, vinieron á señalar claramente un presentimiento que ha tiempo sentía la opinión pública española; pero á la denuncia contra el Mikado ha respondido éste en una nota oficiosa dada por la legación japonesa en París á los periódicos parisienses y publicada por éstos, en la que asegura que es inexacto que el gabinete de Tokio haya prometido auxilios á los insurrectos de Filipinas. La comunicación termina con este párrafo: «El gobierno japonés no prestará jamás ayuda de ninguna especie á los rebeldes sublevados por cualquier causa contra un gobierno legítimo.»

Dentro de las exigencias diplomáticas, natural es que vengan los vecinos de nuestras posesiones oceánicas queriendo significar su inocencia; pero como una cosa es lo oficial y otra lo verdadero, la desconfianza sentida hacia los hijos del Sol Naciente continúa, pues á nadie se le oculta que el acusado que está convicto y confeso de un delito que sabe se juzga con la muerte, no tiene el ánimo para inventivas ni pensados reproches á un tercero, que en suma nada han de influir en su triste postrera suerte.

La confesión de un hombre en condiciones tales, semeja mucho á la de un moribundo: es así como el descargo de culpas cometidas y en este especial estado psicológico, no tiene el espíritu para urdir infundios, sino para decir verdad, para hablar con franqueza.

La política mostrada por el Japón cuando se evidenció el tratado de paz chino japonés, evidencia, con otros muchos datos, su natural avariento y codicioso; siendo así, ¿debemos extrañarnos que pretendiera, ya que no por medio noble, por recursos malvados y oculto por la capa de amistad, cual hacen los Estados Unidos en la cuestión cubana, apoderarse de algo que es nuestro y que ellos desean en el archipiélago filipino? No; lo debemos esperar.

El Japón se evidenció, es cierto, como potencia militar en su guerra contra el Celeste Imperio, entrado, además, en la vida de la civilización, pretende y ha empezado á negociar tratados de comercio con las naciones europeas.

Por lo que respecta á España, la comisión que ha de ajustar las bases del tratado está nombrada; sólo resta que el éxito corone su labor; pero debe obrar con prudencia y sumo tacto diplomático, pues es indudable que alguna cláusula política ha de tener; y en estos puntos deben fijar su atención nuestros complonados para evitar complicaciones futuras por yerros que ahora se está á tiempo de impedir.

Según parece, el tratado en cuestión contiene entre otras cláusulas la renuncia por nuestra parte de la jurisdicción consular.—Esto lo ha conseguido de algunas potencias de Europa: ya lo solicitó de España el año 1894, al propio tiempo que se otorgase á sus naturales el derecho de emigrar por familias y libremente á Filipinas.—Esta petición última encierra una importancia inmensa; su concesión amenaza de muerte nuestra soberanía en el archipiélago.

El carácter de aislamiento en que el Japón ha vivido con relación á los pueblos civilizados, ha hecho que allí exista la jurisdicción de los Consules extranjeros sobre sus respectivos nacionales, como acontece en China, Per-

sia, Siam y Marruecos. Después de mostrar que tiene instituciones capaces de garantizar la vida y la propiedad de los extranjeros, no hay por qué mantener la jurisdicción consular; pero esto necesita quizá demostración más palmaria que la hecha por el Mikado. Así y todo, examinase por quien corresponda el asunto: si el reconocimiento de la superioridad de sus Tribunales puede hacerse, hágase; pero en cambio, lógrese en este trato lo de que se habla ventajas comerciales y políticas que en lo porvenir fueran garantía de nuestra dominación pacífica en nuestras posesiones de Oceania.

Como base de toda negociación debe tenerse la política seguida por el Japón, no muy halagüeña para los intereses españoles á pesar de las protestas de su Cancillería.

Las intenciones que le atribuyen en las declaraciones á que aludimos es un aviso muy elocuente y oportuno.

СН ВОРНЕН.

LA MUERTE DEL POETA

—¡Ha muerto!—me dijo uno en la escalera.

Hacia mucho tiempo que esperaba yo la funebre noticia, y, sin embargo, me sorprendió como algo inesperado.

Con el corazón enternecido y los labios temblorosos entré en la humilde habitación del escritor.

Allí estaba el cadáver del poeta, tendido en una cama de hierro muy blanda, detrás del cual veíase un armario lleno de manuscritos.

Había libros en todas partes, en las sillas, en el suelo y hasta en las inmediaciones del lecho.

Cuando el poeta escribía, todo aquel aparato podía ser agradable á los ojos; pero en aquella cámara mortuoria era en extremo lúgubre.

Todos aquellos libros estaban destinados á perderse en la gran biblioteca de los muelles y de las ferias.

Acababa de besar al muerto, y estaba de pié contemplándole, emocionado por el contacto de aquella frente fría y pesada como una piedra, cuando de pronto se abrió una puerta y se presentó un mozo de librería cargado con un enorme paquete de libros que dejó sobre una mesa dicién lo:

—De parte del editor Bachellin. Después, al ver el cadáver, retrocedió asustado, se quitó la gorra y se retiró sin añadir una palabra.

Había algo de terriblemente irónico en aquel envío del editor Bachellin, retrasado más de un mes, esperado por el enfermo con gran impaciencia y recibido por el muerto.

¡Pobre amigo mío! Era su último libro; el libro que, según él, debía poner el sello á su reputación.

¡Con qué esmero tan exquisito había corregido las pruebas con sus manos ya temblorosas y calenturientas! ¡Cuánto deseaba el infeliz tener en su poder el primer ejemplar!

Durante los primeros días de la enfermedad, cuando ya no hablaba, sus ojos permanecían fijos en la puerta; y si los impresores, los regentes de imprenta y los encuadernadores, todo el personal empleado en la obra de un solo hombre, hubiesen podido ver aquella mirada de angustia, habríanse apresurado sus manos, las líneas se habrían convertido rápidamente en páginas, y las páginas en tomos para llegar á tiempo, es decir, un día antes, y proporcionar al moribundo la dicha de encontrar en el perfume del nuevo libro, las ideas que él mismo comprendía que se le escapaban de la mente.

Aun en la plenitud de la vida, el recibo de un libro ofrece á su autor una sensación indescriptible. Abrir el primer ejemplar de su obra, verla impresa, como de relieve y no ya en esa gran ebullición del cerebro, donde siempre está algo confusa, constituye una de las mayores delicias del escritor.

Más tarde melózase un poco de tristeza á la satisfacción del autor: el sentimiento de no haber dicho todo cuan-